La guitarra transfigurada

Una música reivindicativa, humana y consoladora

NICOLE BLANCHARD

"Paco de Algeciras fue la revelación de los guitarristas: tocó con un conocimiento, una emoción, una técnica, una imaginación y un sonido que le designaron como el más excepcional de todos los tocaores presentes", afirma D. E. Pohren.

Fue el primero en el Concurso International de Arte Flamenco de Jerez en 1962. El tocaor de quien se trata tenía solamente 14 años. Una gran promesa.

Luego, Félix Grande, poeta, ensayista, flamencólogo, conocedor enamorado de la guitarra, verá en él "el más grande de los creadores para guitarra andaluza que ha tenido jamás la historia del flamenco".

Todas promesas cumplidas. "Ya se habla en la guitarra flamenca de antes y después de Paco de Lucía", dire A. Alvarez Caballero.

"¡Maravíllame!" deia Apollinaire. Provocación suprema, ese desafío poêtico, Paco de Lucía no deja de aceptarlo. Milagro de las composiciones siempre nuevas. Prodigio de un lenguaje único apoyado por un toque siempre más rico y más hondo. La estructura muy fuerte, el dibujo muy seguro y original del desarrollo melódico, la consistencia muy material, casi carnal, la vehemencia del todo personal, hacen de cada obra de Paco de Lucía un pequeño mundo en sí, que acuérdase como un poema.

Y su genio resplandeciente no para yendo hacia delante llevado por un titán cuya potencia de asimilación sólo iguala su generosidad creadora. Un titán calzado de "botas de siete leguas".

¡Sorprendente Paco de Lucía! Hoy más que nunca, la materia es suntuosa, las sonoridades insólitas, total el dominio del instrumento, imponente la solidez de las composiciones. La energía queda aún más decuplicada. La densidad asombrosa. Incontestablemente, en ello, hay genio, un poder de síntesis e integración fuera del común, que hace pasar una corriente continua de la vida al arte, y da la luz a obras cada vez más elaboradas, complejas, y coherentes.

¡Trastornando Paco de Lucía! Paroxismo de vehemencia, paroxismo de ternura. Siempre sincopada, convulsiva, su música ya no es solamente mordaz: golpes más rabiosos que nunca, ella desgarra, ella arranca. Talla brechas como relámpagos en la roca oscura de lo imaginario. Marea brutal y arrogante. Cuchillada en la carne. A veces, fuera sombría, viene de profundidades inquietantes. Música más que nunca reivindicativa, de manera menos fogosa, pero más humana y consoladora: los momentos de gracia y de ternura son de seducción irresistible. Perlas frágiles de una paz provisional. Ozono atomizado. Vislumbre de felicidad. Sombra y luz, la música de Paco de Lucía tiene siempre doble cara. Generosa y cruel. Dualismo de la materia viva, dialéctica de la existencia humana, realidades andaluzas. En sus contradicciones y sus contrastes, encuentra su dinámica, en su violencia su especificidad.

Potente y sólida, es hoy una música imponente. Una música de la madurez. Con sonidos completamente nuevos, inesperados, asombrosos, hasta preguntarse de qué instrumento salen. Graves como olas surgiendo del fondo del mar. Agudos como puntas de fuego. La velocidad y la plenitud sonora ya ni siquiera dependen de la técnica, sino de una especie de super potencia, un don de sí casi sobrenatural. La guitarra flamenca está transfigurada. Huracán, maremoto, erupción volcánica, seismo... una danza de los elementos en su punto de fusión, incandescencia hasta consumirle el alma, un soplo del más alla.

¡Magnífico Paco de Lucía! Cósmica es su música, sin duda alguna. Pero también de una humanidad desgarradora y arrogante. En esas olas de sonido rompiendo, hay carne y sangre. La herida es radical. El dolor soberano, casi orgiaco. Pero nunca feo, nunca mórbido, nunca repelente; al contrario, siempre terriblemente vivo, vibrante, de una belleza terrorífica, una seducción espantosa. El universo de Paco de Lucía es un mundo redentor que da acceso a la alegría más frenética y acerba a él que paga al sufrimiento su tributo. Temerario, en frente de la inquietud omnipresente —sin la cual, sin duda, no hay creación— Paco de Lucía nunca baja la cabeza. La música que hoy nos ofrece es más que ayer conflictual, pero de conflictos soberbiamente asumidos, afrontados con fuerza y determinación, sin sombra de retroceso, la luz en el frente, el fuego en el puño.

¡Soberbio Paco de Lucía! Ese hombre bajito, enérgico, con las manos potentes, perfil de edificador de la Roma africana, rasgos como tallados en la pidera tierna y dorada de una Bética legendaria, mascarón de héroe antiguo escapado de las tormentas de la historia, sonrisa de un arcángel que la carne habría seducido, restituye sin traicionarla una herencia cultural, musical, humana, de una espesura que confunde al menos entendido entre los oyentes. Hasta en las disonancias y las tentaciones del jazz, Paco de Lucía nunca se sale de su órbita flamenca: Sus rasgueos, sus acuerdos, sus trémolos son como otras tantas sondas a través de los siglos atormentados de Andalucía. Andalucía, riqueza y miseria, estratos abigarrados, maduración milenaria, que, como un fruto demasiado sazonado y lleno, un buen día, estalló, para liberar su materia violentamente viva, y así fue el flamenco. A medida que Paco de Lucía se aleja, en el espacio y el tiempo de su Andalucía natal, que le ha dado tanto, su mundo interior entrega a través de su música una imagen de su tierra cada vez más ardiente, espesa, y magistral. Así es de la nostalgia haciendo de nuestros sueños perdidos la quinta-esencia de nuestra realidad presente.

¡Prodigioso Paco de Lucía! Salas llenas varias semanas por anticipo, taquilla agobiada, billetes vendidos en el mercado negro, aplausos que no acaban, ese "música incomparable" (Félix Grande) ha hecho de la guitarra flamenca un instrumento sin par, y de la expresión de la marginalidad andaluza desheredada una música cuyo poder emocional alcanza al universal. El respeto y la admiración que suscita la música de Paco de Lucía se le manifiestan solo a él. Hay que verlos, todos captivados, y todos unánimes, desde los profesionales más talentuosos hasta el simple espectador descubriendo por primera vez, a menudo asombrado, esa música sin igual, de quien la presencia en el escenario y la belleza tienen algo de maravillosamente radiante, sublime, conmovedor, un aura mítica, como pudo llevarse en tiempo de mayor fe la imagen de algunos dioses. En el escenario, Paco ilumina, irradia. Amansando con ademanes seguros las seis cuerdas fabulosas, con los ojos cerrados, la cabeza ligeramente inclinada, la frente alta y la barbilla levantada, cuando por casualidad nace en su cara una sonrisa, parece que va a abrirse el cielo y que va a llover polvo de estrellas.

Diario Córdoba
11 setiembre 1988